

OTRAS DISQUISICIONES

VÍCTOR HURTADO OVIEDO.

Edición definitiva, reducida y aumentada

Para Úrsula, acero en seda.

«Puedo irme mañana mismo de este mundo: las cosas buenas ya contigo las viví», dijo Armando Manzanero.

* * *

Prólogo o *Se hace lo que se puede*

Si yo pudiese pedir un milagro, no rogaría escribir como Eugenio d'Ors porque entonces no sería un milagro, sino un abuso de confianza. Solamente pediría tener ganas de escribir: nunca las he sentido. Jamás he escrito un cuento ni un poema, y fracasé (con verbo transitivo) una novela. Soy hombre de pocas sílabas. A mi edad, compruebo que soy lo que siempre fui en la literatura peruana (si algo soy, claro está): un sin-papeles, un «okupa» (así dicen en España) y un primo tercero que no aparece en los testamentos ni para recibir los pésames; mas, como también dicen los peninsulares, «es lo que hay».

¿Cómo será creerse escritor? Este es un misterio sin resolver —curiosamente, como todos los misterios—. Tal vez con un poco de esfuerzo yo escribiría más, pero no lo hago porque no tengo tiempo, porque no sé qué decir o porque me gusta más hacer otras cosas. Generalmente se juntan estas tres circunstancias, pero siempre me conformo con una: tampoco hay que ser exigente. Confieso que he vivido del odio pues odio escribir, pero he respirado escribiendo en diarios y revistas: galeote de galeras, pero de las antiguas galeras, las de las imprentas de plomo.

Este libro «virtual» incluye artículos escritos desde 1996. No están todos, pero, si estuviesen, sería igual porque —lo dicho— yo casi no escribo. Así pues, si el lector quisiera perderse

algo, no podría. *Otras disquisiciones* contiene artículos sobre literatura y otros temas, y acaba con textos dedicados a la música pues los libros deben ir alegrándose, como la vida. El título es un robo inepto de uno de Jorge Luis Borges: *Otras inquisiciones*; mas, al pasar aquí, se me distrajo un poco. Si uno no sabe robar, más vale que se dedique a la honradez.

Los textos que aquí se verán (o no se verán) aparecieron en cuatro libros míos: *Pago de letras* (Lima, 1998 y 2002) y *Otras disquisiciones* (San José, Costa Rica, 2009, y Lima, 2012). Los títulos son diferentes, pero en realidad corresponden a un solo libro cuyo contenido fue aumentando sucesivamente con artículos que yo publicaba en revistas y diarios del Perú y de Costa Rica, país este donde resido desde enero de 1989. La edición de *Pago de letras* de 1998 fue sufragada desinteresadamente por Luis Valera (1943-2017), editor perfeccionista y maestro de la discreción. Borges debió dedicarle el libro *Elogio de la sombra*.

Conocí a Lucho Valera a mediados de los años 70, pero solamente de vista. Ambos coincidíamos en la misma imprenta limeña dedicada a publicar periódicos de izquierda que eran más clandestinos por sus números de lectores que por su ilegalidad. Como militábamos en partidos distintos (o sea, iguales), nos mirábamos, pero no nos hablábamos. Así eran las cosas en aquellas pitecántropas cómicas épocas. Años después, nos reencontramos en «El Diario de Marka», cuyo suplemento cultural, «El Caballo Rojo», Lucho ayudaba a publicar bajo la dirección de Toño Cisneros. Lucho Valera escribió artículos para esa revista, pero nunca bajo su nombre. Nunca le pregunté por qué lo hacía; quizá me hubiera mandado a preguntar a los pseudónimos. Dicen que uno no escoge a sus parientes; pero, si yo pudiese escoger a Lucho como hermano, lo haría. En cierto modo, siempre lo fue.

Aquella edición de 1998 incluyó un prólogo del poeta Antonio Cisneros Campoy y unos dibujos del artista José Tola de Habich: les expreso mi gratitud, aunque estas palabras les lleguen demasiado tarde. La edición también mereció un comentario generoso de Luis Jaime Cisneros, gran maestro del idioma, a quien no conocí personalmente. Los escritos de ambos Cisneros aparecen en el capítulo *Comentarios sobre este libro*.

Pago de letras es una disemia que corresponde a «lugar de literatura» y a «pago de letras contables». Ignoro si estas letras aún existen pues soy ignorante probado en asuntos de contabilidad. No preveo investigar esta interesante área de la psicología (casi toda la economía es psicología) y por ahora me limito a no contraer deudas. Si usted ha oído decir «debemos temer al hombre de un solo libro», debería temerme pues ese hombre soy yo.

La última edición de mi creciente libro (la del 2012) se cerró en agosto del 2011, pero —de esto yo vivía— seguí escribiendo artículos que ya no aparecerán bajo la forma de libro impreso. Imprimir un libro da mucho trabajo, y, para mí, las leyes deben respetarse, sobre todo la ley del menor esfuerzo. Así pues, para evitarse el trabajo de publicar un libro, lo indicado es no escribirlo. Como es evidente, quienes no han escrito un libro permanecen inéditos, y algunos que lo escribieron debieron quedar así también; pero me dice el buen Horacio: «Quid rides? Mutato nomine, de te fabula narratur»: ¿De qué te ríes? Cambiado el nombre, a ti se refiere la fábula (*Sátiras* I, 1, 69).

En estas páginas «virtuales» (abuso antisemántico contra «virtual») aparecen los artículos incluidos en las cuatro ediciones impresas, menos algunos que eliminé porque ahora no me gustan o pues se referían a asuntos de política que ya nadie recuerda (ni yo). Entre el ser y la nada, hechos y personajes se empujaron hacia la nada y ahora practican el inexistencialismo. Debido a aquel cambalache de entradas y salidas, esta edición «virtual» viene reducida y aumentada.

Otra cosa: empleo «ensayo» y «artículo» indistintamente pues me es imposible diferenciarlos siempre que contengan figuras retóricas; entonces, ambos son simplemente literatura, con la misma dignidad que la de los otros géneros literarios. La extensión no importa: un ensayo no es un artículo porque sea corto ni porque se haya publicado en un órgano de prensa. No hay una medida para los ensayos, pero no deberían exceder las cuatro páginas, a riesgo de cansar. Si alguien no termina de exponer sus ideas en un ensayo, que escriba otro, pero que no alargue el primero. Me asombran los premios de ensayo concedidos a autores de tochos de 500 páginas. Cuando el lector llega las últimas,

ya está en las últimas. Mejor no: lo breve, si bre, dos veces b.

La lectora y el lector encontrarán aquí muchos artículos que mencionan algún descubrimiento científico; esto se debe a que leo libros de divulgación de neurociencias. Puede resultar curiosa la manera en la que me interesé en tales libros. Hace más de veinte años, hurgando en libros de ética, encontré que algunos consideraban que la moral es relativa a las épocas, los lugares y las clases sociales. Sin embargo, mentir es malo en todos los tiempos, los sitios y los grupos; por tanto, la censura contra la mentira no es relativa, sino absoluta, aunque cambien los detalles. Si es absoluta, es propia del *Homo sapiens* como especie gregaria, y el rechazo emocional a la mentira está grabado en nuestro cerebro, igual que otras conductas que disolverían los grupos y nos llevarían a la extinción. Quien desee indagar en estos asuntos, debería leer los libros del primatólogo Frans de Waal. La ética emocional de David Hume es cierta, mas «le bon» David nunca conoció su base biológica, así como Charles Darwin murió antes de que la genética explicara finalmente la evolución de las especies. Para no ser fantasiosas, toda filosofía y toda ciencia social deben vincularse a alguna ciencia de la naturaleza: la física, la química o la biología. No solo del arte viven la mujer y el hombre.

El presente libro incluye siete capítulos. El primero contiene artículos de temas *variados*, muchos «filosóficos». El segundo incluye asuntos vinculados a descubrimientos *científicos*. El tercer capítulo aporta temas *literarios*. El cuarto presenta semblanzas de escritores y *comentarios* de libros. El quinto capítulo ofrece romances en broma y reseñas dedicadas a *poetas*. El sexto reúne artículos también escritos en broma, pero referidos a errores del *lenguaje* (no soy lingüista, sino un entrometido, como se verá). El séptimo capítulo contiene temas de *música* popular.

Dedico mi breve «tabula gratulatoria» a mi esposa, Úrsula, y a mis hijos, Ángela y Diego, y a mi yerno, Ricky, siempre cercanos. Hubo muchas personas que me animaron a seguir escribiendo cuando no quería escribir —o sea, siempre—; a todas les agradezco su generosidad. Por supuesto, no es culpa de ellos lo que aparece en estas páginas ni los descuidos que se verán (me cansé de releer estos artículos, de manera que los lectores no estarán solos en el dolor). Resentido con los editores piratas, quienes siempre me despreciaron, pongo este libro en el dominio público: ¡no se lo esperaban! Tome de este libro quienquiera lo que quiera.

Dejé de ser periodista, carezco de pedigrí académico y nunca he sido profesor. Durante toda mi vida consciente (cuando no estoy durmiendo), he opinado por escrito; es decir, he perpetrado el periodismo de opinión: el periodismo que les explica a las cosas cómo deben ser cuando se equivocan. El columnista de opinión ya retirado es un gato que observa cómo juegan los ratones; sin embargo, ahora creo, hasta cuando escribo sobre el músico Daniel Santos, sigo haciendo editoriales. En fin, mi pedigrí es tan magro que no podría ser más transparente. Por esto, no sé qué mencionar para quedar menos mal que mi propio libro; pero yo sería ingrato si omitiese que la generosidad de unos amigos logró que me nombraran miembro correspondiente de la Academia Peruana de la Lengua y miembro honorario de la Academia Costarricense de la Lengua.

De tener yo una poética, cabría en dos frases: «Ninguna línea sin figura, ninguna línea sin idea». El ensueño de mis sueños es una prosa de aluminio: ligera y brillante. «Por la eufonía me he salvado» escribió Paco Umbral (prólogo de *La década roja*). «Procurado he pedir el estilo y sazonar la pluma con curiosidad; ni entre la risa me he olvidado de la doctrina» sentenció Francisco de Quevedo (*Sueño de la muerte*).

Escribo esta presentación en mayo del año 2020, durante la pandemia del coronavirus. Tal vez me afecte; ante tal eventualidad, siento que escribo de nuevo mi testamento (el otro es el familiar), pero ahora es «literario» ya que casi no escribiré más artículos. En el reparto de cualidades, los astros, los dioses o los genes no me asignaron los naipes del escritor ni la pasión por escribir. A mis muchos años, sé que no tendré una aparición favorable del Colegio de las Musas, de modo que, antes de volver a ciertos mundos silenciosos, quiero dejar constancia de que pasé por este otro. No pedí venir, así que estoy conforme con irme. Es muy bonito escribir para la posteridad, mas comprobar, a los 70 años, que se carece de posteridad, ¡lo hace a uno tan impune!

San José, Costa Rica, 28 de mayo del 2020.

* * *

[Texto de la contraportada de la edición limense del año 2012.]

Autobiografía no autorizada

Nací en Lima en enero de 1951. Resido en Costa Rica desde 1989. Aunque soy unisexual, también soy bigenérico: mis géneros son el bolero y el ensayo. Cuando era joven, crucé por diarios y revistas que, pese a ser impublicables, se publicaban; en descargo, también eran ilegibles. Quizá algún día me arrepienta de lo que hice, mas por el momento sigo en el pecado con la única fuerza que me queda: la de la costumbre.

Con intermitencias que me hicieron recuperar indispensables energías, he sido dudoso corrector de imprenta, oficio inagotable gracias a la escuela primaria y a la televisión. No intento parecer cínico: claro está que censuro la educación formal que recibe la juventud, pero no puedo ser ingrato con el analfabetismo funcional pues él nunca sabrá cuánto ha hecho por mi supervivencia.

En el tiempo ocioso que me deja la lectura, trabajo —de lo que me enorgullezco (me refiero al tiempo ocioso)—. He cometido muchas faltas, como las de ambición y de imaginación. Cuando noté que también estaba faltando a la verdad, preferí dejar el periodismo y dedicarme a intentar algo en la literatura porque ella otorga la impunidad que el periodismo no alcanza. Ser mentiroso es malo, aunque parecerlo es peor.

Yo siempre he detestado escribir, y la verdad es que no sé qué hago aquí. No escribo libros: escribo artículos *pane lucrando*; después, ellos se buscan, se encuadernan entre sí porque se sienten solos y porque hay cierta distinción en que se los olvide siendo libros en vez de que se los olvide siendo hojas de periódicos. El periodismo es a la literatura como el minuterero es a la historia.

No creo que llegue a ser longevo (a mi edad ya lo hubiera sido), pero sí estoy seguro de que sobreviviré a mis obras: lo contrario no me serviría de nada (la verdad sea dicha por esta vez). El curso de los días es una materia de estudios que algunos no aprueban ni con la muerte. Ojalá que este no sea mi caso, mas, francamente, ¿qué importará después? Deseo que este libro de artículos y ensayos me justifique ante la Historia cuando arribe el día improbable en el que la Historia se acuerde de los anónimos: yo escribí muchos.

* * *

El desocupado lector que desee comunicarse conmigo puede escribirme a esta dirección:

vaho50@gmail.com

* * *

Un comentario sobre *Pago de letras y Otras disquisiciones*

Declaraciones de Martha Hildebrandt al periodista Enrique Higa Sakuda, editor de la revista «International Press en Español». Lima, 4 de septiembre del 2007. Martha Hildebrandt ha sido directora de la Academia Peruana de la Lengua.

IPC: Si tuviera que mencionar a un poeta peruano...

Marta Hildebrandt: Todo el mundo dice «Vallejo». Vallejo, sí, en algunas cosas; tiene cosas sublimes. Vallejo es un genio de la poesía, pero hay otros, ya de otro estilo y de épocas anteriores; por ejemplo, Abraham Valdelomar, que también es un estupendo prosista. Es un doble valor. De los modernos, Víctor Hurtado. Nadie lo conoce. ¿Conoce usted a Víctor Hurtado?

IPC: No, no lo conozco.

Martha Hildebrandt: Vive en Costa Rica. Tiene libros preciosos.

IPC: Hay un Víctor Hurtado que a veces escribe en el diario «Perú.21».

Martha Hildebrandt: Él es, y su libros son para releerlos. Tiene una agudeza para jugar con el idioma... Como soy lingüista, aprecio y admiro mucho eso. Además, tiene ideas firmes, nuevas, atrevidas, y maneja la forma magníficamente. Es prácticamente desconocido. Cuando lo leí, me quedé realmente deslumbrada.

* * *

Otros comentarios aparecen en el penúltimo capítulo.